

Semblanza Biográfica y Homenaje al Dr. Julio César Otaola Paván En ocasión de sus 68 años de trayectoria y vida institucional

Dr. Milena Arocha Hernández

“Este texto constituye un testimonio de primera mano. La información biográfica e institucional aquí reseñada surge del relato directo y la memoria viva del Dr. Julio César Otaola Pavan, recolectada y organizada por la oradora para preservar la fidelidad histórica de su legado.”

Buenos días.

No puedo iniciar estas palabras sin agradecer el honor de haber sido designada para transmitir, en este excelso recinto y ante tan distinguidos invitados, una conmemoración que considero única e histórica: el homenaje a una vida verdaderamente excepcional.

Tampoco sería justo abordar este relato sin reconocer el apoyo fundamental de la familia y el entorno del Dr. Otaola, quienes ayudaron a poner en perspectiva esta semblanza. Pero, por encima de todo, debo destacar que este discurso es el resultado de un ejercicio de memoria compartida con el protagonista. Toda la información reseñada aquí ha sido contada y validada por él mismo; él es el verdadero artífice de la precisión y el sentimiento que habita en estas líneas. Lo hizo desde la humildad más genuina, sin asomos de ego en su narrativa y — quizás— sin tener plena conciencia de la magnitud de sus propios méritos. (Me excuso de no incluir relatos, personajes y situaciones que son parte protagónica de esta experiencia).

Hay actos que se programan en una agenda y hay actos que el tiempo mismo se encarga de organizar. Hoy no estamos antes una ceremonia protocolar

habitual, hoy el calendario se ha inclinado respetuosamente ante casi un siglo de vida. Celebramos una forma de vivir no improvisada, celebramos coherencia, celebramos servicio con acciones, que no se sostienen con palabras, sino con una vida entera de principios y valores.

Allí, en primera fila, nos acompaña nuestro homenajado. De este lado, asumo la responsabilidad de narrar su historia, sus obras y vivencias, para que se comprenda que no estamos ante un personaje circunstancial, sino ante un protagonista auténtico cuya trayectoria es ya parte indisoluble de la historia de Venezuela.

El Dr. Julio César Otaola Paván nació el 8 de febrero de 1927 en Río Caribe, estado Sucre. Hijo del Dr. Juan María Otaola Rogliani —también médico— y de doña Margo Paván Loero, creció en un hogar de ocho hermanos, forjado bajo estándares de excelencia y un profundo sentido del deber.

Su linaje es un crisol de lo mejor de nuestra inmigración: el tesón vasco de los Otaola, la vitalidad italiana de los Paván y la tenacidad corsa de sus ancestros franceses. Todos ellos se integraron con una venezolanidad profunda, trayendo consigo un concepto sagrado de la fe y la familia. Al escuchar al Dr. Otaola, uno descubre que su éxito no fue accidental, sino la consecuencia de una gratitud consciente. Como bien señala Rick Warren: *“El desarrollo personal no consiste en llegar más alto, sino en crecer sin deshumanizarse en el proceso”*.

Su formación académica transitó por la Escuela Municipal de Carúpano, el Liceo Andrés Bello de Caracas y su querida Universidad Central de Venezuela, donde egresó en 1955 con la Promoción “Martín Vegas”. Le tocó vivir tiempos convulsos; cierres universitarios y transiciones políticas que templaron su carácter.

Su vocación de servicio es una herencia genética. En su oficina, conserva el recordatorio más imponente que un médico pueda desear: una gráfica de 1908 donde su padre aparece en su etapa de internado médico bajo la tutela de un profesor de lujo: nuestro Santo, el Dr. José Gregorio Hernández. Digamos que, con semejantes maestros custodiando ese consultorio, el compromiso ético del Doctor Otaola no ha tenido otra opción que ser intachable.

Un joven que decide estudiar medicina y un padre que le advierte sobre la responsabilidad ética, una convicción que no cambiaría con el paso del tiempo. Cuando el joven Julio César comunicó su decisión de estudiar medicina, su padre le presentó una lección que se convirtió en su mantra:

“Has escogido la mejor de las profesiones; la que da las mayores satisfacciones, pero también las mayores preocupaciones... Debes atender al paciente siempre, no importa el día

ni la hora. Y hazlo, aunque no tenga cómo pagarte. Nunca recibas dinero directamente en tus manos, porque ese día dejarás de ser médico para convertirte en un comerciante”.

Bajo el ejemplo de su padre y las enseñanzas de grandes maestros, representados por figuras de la talla del Dr. Francisco De Venanzi, el Dr. Otaola consolidó su perfil profesional, absorbiendo ese rigor académico que solo los grandes maestros saben transmitir. De ellos aprendió que la innovación tecnológica y el servicio a la comunidad no son caminos separados, sino una sola y misma misión.

Su historia no comienza con una institución, sino, con una decisión: servir

En 1946, el Dr. Juan María Otaola Rogliani viajó a Nueva York para ser operado por el Dr. Alfonso Dávalos. De aquel encuentro médico nació una amistad tan profunda con la familia Otaola que el Dr. Dávalos se convirtió en una figura clave para lo que, años más tarde, se transformaría en una sólida alianza empresarial en el sector salud.

Fue él quien facilitó la entrada del Dr. Julio Otaola en el St. Clare’s Hospital, con una visión de avanzada, lo convenció de regresar a Caracas para integrarse al proyecto que estaba cobrando vida como el Instituto de Clínicas y Urología Tamanaco.

Esta idea, concebida desde 1950, fue un tejido de voluntades y mentes brillantes. El Dr. Dávalos —eminente urólogo ecuatoriano del New York Hospital-Cornell Medical Center— aportó la vanguardia médica de la época, sumándose a figuras clave como Samuel Belloso, Luis Hernández Benítez y Ángel Brice, junto al Dr. Juan María Otaola Rogliasni y su hijo, Juan Otaola Paván “Juancho”. Esta unión de talentos explica por qué el Urológico nace con una visión tan moderna; no se trataba de una clínica más, sino de una idea concebido bajo los más altos estándares internacionales.

El Dr. Julio César al integrarse tempranamente a la alianza, se unió a una brillante generación de médicos —entre ellos los doctores Joaquín Mármol Luzardo, Medardo Vargas, José Ángel Ortega, Pedro Russel, Josías de Lima, Augusto Diez, Ismael Salaz Marcano, Marcos Mandelblum, Américo Briceño, Francisco Miranda Ruiz, Jesús Reggetti, Alejandro Baroni Rivas y Gustavo Mazziotta Mirabal— Se sumó también, a finales de 1958, el Dr. Oscar Loynaz, quien destacó rápidamente por su habilidad y rapidez en el área de anestesiología. Junto a estos y otros jóvenes de la época, aportaron la energía necesaria para que el sueño del ICUT diera sus primeros pasos, logrando que el rigor técnico y la mística del servicio médico se fundieran en una sola identidad.

Los inicios fueron una prueba de fuego. En el año 1962, la institución se asomó al abismo debido a la inestabilidad política y al rechazo gremial hacia lo innovador. En ese mismo año, la historia dio un vuelco definitivo cuando el Dr. Julio César Otaola y el Dr. Oscar Loynaz asumieron el timón, implementando lo que hoy es nuestro ADN: una gestión basada en la ética, la transparencia y el humanismo. Mientras el país atravesaba incertidumbres, ellos eligieron creer en Venezuela, eligieron permanecer, eligieron construir.

Con una estrategia brillante, hicieron la medicina de alta gama accesible a la clase media venezolana. El Dr. Otaola planteó un giro histórico: servir con calidad, diagnóstico rápido y costos asequibles. No solo rescataron una institución que muchos daban por perdida, sino que, bajo el principio de “crecer sin deber”, sanearon y ampliaron las instalaciones. Esa mística permitió que, décadas después, figuras como el Dr. José Mélich Orsini blindaran el futuro de la clínica a través de UROMED. Porque las instituciones pueden heredarse, pero los compromisos deben cumplirse.

Las décadas de los 90 y el inicio del nuevo milenio marcaron nuestra madurez institucional. Fue el tiempo de la consolidación estratégica, que permitió que el Urológico se posicionara como uno de los centros de referencia científica y tecnológica del país. Demostraron que una institución médica puede ser, simultáneamente, un modelo de eficiencia económica y de solvencia moral.

Hoy, al conmemorar 68 años, el Urológico San Román es testimonio de una modernización que no se detiene, manteniéndose firme ante crisis, desafíos naturales, pandemias, limitaciones sociopolíticas y jurídicas. Donde otros veían incertidumbre, el Dr. Otaola siempre halló una oportunidad. Hay hombres que ejercen una profesión y hay hombres que construyen una cultura, el Dr. Julio Cesar Otaola pertenece a la segunda categoría, él no lideraba para figurar sino para proteger un propósito.

Pero su obra no está hecha solo de concreto. Su triunfo más profundo se encuentra en el hogar que construyó durante casi 65 años junto a su compañera de vida, doña Beatriz Gásperi.

Aunque ella ya no nos acompaña físicamente, doña Beatriz sigue siendo el eje invisible y la fuerza espiritual de una familia de cinco hijos, dieciséis nietos y diecisiete bisnietos. En ese núcleo expandido, el Doctor Otaola no solo ha sido el patriarca, sino que se convirtió, por derecho y por amor, en el director, guía y protector de ambas familias: la suya y la de su esposa. Con una generosidad inagotable, sus manos y las de su esposa han sido el refugio constante para cada uno de sus hermanos, cuñados y sobrinos.

Hoy, aunque parte de su descendencia esté esparcida por el mundo, todos mantienen su centro en la figura del Doctor. Detrás del médico y el líder hubo un esposo, un padre, un abuelo que encarna su legado humano en una familia numerosa. Ese es quizás su triunfo más profundo, haber equilibrado la vocación pública con compromiso familiar.

Este viaje de casi siete décadas no se detiene aquí. La vida del Doctor Otaola no es una pieza de museo, sino un motor en constante marcha. Y al caminar los pasillos del Urológico San Román, podemos escuchar historias. Una historia bien escrita.

Hoy vemos con orgullo cómo esa pasión ha germinado en las nuevas generaciones: jóvenes profesionales y una dirigencia comprometida que han tomado el testigo con la misma visión con la que se colocó la primera piedra.

El Urológico San Román continuará innovando, siempre bajo el amparo de los mismos ideales de pensamientos libres y ciencia viva. Doctor Otaola, su obra está en manos seguras, en mentes brillantes y en corazones que, como el suyo, laten por y para Venezuela. Tenga la certeza de que el camino que usted trazó seguirá siendo transitado con honor.

Nuestra institución no es solo un edificio; es una cultura del cuidado y un estandarte de resistencia. Mantenerla durante casi siete décadas ha sido un acto de carácter, equilibrando las limitaciones de un entorno convulsionado con la excelencia de un servicio innegociable.

El verdadero éxito del Urológico ha sido moral, mantenerse con dignidad en medio de las crisis, modernizar sin perder identidad, apoyar y ver crecer a muchos. Doctor, usted forma parte de varias generaciones, en un mundo donde todo parece negociable usted decidió que la conciencia no lo sería y ayudó a transformar vidas. Usted no solo ha presidido una institución; abrió puertas para que cientos de personas escribieran un destino diferente. Vigilantes, choferes, personal administrativo, camilleros, enfermeros, médicos, familiares y amigos. Ellos entraron con un propósito y gracias a su forma de presentar las oportunidades construyeron una carrera y una vida digna. Para muchos, el Dr. Otaola no fue solo un jefe, sino el hombre que creyó en ellos cuando apenas comenzaban. Esto no es una casualidad, es una consecuencia de la solides de las bases de una obra que no se limitó a los institucional.

Él siempre ha sabido que, aunque los edificios se levantan con concreto, las instituciones solo permanecen si se edifican con valores. Por eso, su legado ya no le pertenece solo a él o a su familia; es un legado colectivo que palpita en cada rincón.

Al final, su mayor enseñanza ha sido esa: tratarnos a todos como piezas clave y respetar nuestra esencia como seres individuales.

Estimado Doctor Otaola, su vida nos recuerda que la excelencia no está reñida con la humildad, que la ciencia no se opone a la fe, y que trascender no es simplemente durar, no es una estadística, es un legado vivo. Gracias por su vida, por su coherencia y por recordarnos, en cada acto, que la verdadera nobleza reside en el servicio.

Muchas gracias.